

CAPÍTULO CII

(LITERATURA)

Criticos: Juan Valera. — Marcelino Menéndez Pelayo. — Manuel de la Revilla. — Otros críticos notables. — Melchor de Palau. — Amador de los Ríos. — Leopoldo Augusto de Cueto. — Francisco Blanco García. — *Historiadores:* El Conde de Toreno. — Modesto Lafuente. — Pírala. — Antonio Cánovas del Castillo. — Miguel Morayta y Sagrario. — *Otros historiadores.* — Fernando de Castro. — *Obras maestras de investigación.* — *Escritoras notables.* — *Hispanófilos ilustres.*

Don Juan Valera. — Ya hemos hablado de este insigne escritor en varios lugares de nuestra obra, examinando su labor como poeta y novelista. Hemos de añadir ahora algunas palabras en orden á la crítica, para la que tuvo siempre condiciones excepcionales.

Sobre literatura ha dejado escritos muchos libros que deberán ser estudiados, siempre con provecho, antes de emitir dictamen definitivo. Su criterio expansivo para la censura ó el aplauso, le hacía grato á todos. Pocos con razón pudieron quejarse de injusticias, aunque displicencias de opinión llegaron algunas veces á ser tenidas como apasionadas.

Sin embargo, en cuestiones de ideas supo defender constantemente las que inspiraban á la escuela liberal, y esto le dió una opinión de rectitud que hizo su nombre respetable. Todo criterio cerrado para elogiar ó rebajar, guiado por estrechos móviles, parecía un atentado á la verdad.

Hasta en la cuestión religiosa, siendo tan mesurado en todo, no dudó en destruir la preocupación, la afirmación, mejor dicho, tan dominante en algunas personas doctas de que «EL CATOLICISMO INTOLERANTE Y AUSTERO HAYA SIDO EL GERMEN FECUNDO DE LA GRANDE Y PROPIA CIVILIZACIÓN ESPAÑOLA». En tanto que otros críticos de la literatura española, — Menéndez Pelayo á pesar de sus muchos méritos, — han sido injustos al hablar de prestigiosas figuras de doctrinas heterodoxas, él defendió siempre á todo escritor digno que sufrió y padeció persecuciones, de la inquisición ó de los poderes absolutos, por la santa causa de la verdad y por la emancipación de las conciencias. Los exclusivismos de escuelas determinadas nunca entraron en su sistema de prudencia, donde siempre predominaba la discreción.

A la imparcialidad más grande en los juicios, excepciones contadas, únese

aquel peculiar método de expresión y castizo lenguaje que le distinguía, el castellano más elegante y primoroso que se ha escrito en nuestros tiempos. Sus críticas son acabados estudios con seducciones que admiran. Todos sus dictámenes críticos, sus disertaciones y juicios literarios, sus trabajos sobre polémicas y filosofía llevan un sello de originalidad que encanta y enseña.

Con él, muerto en 1905, casi repentinamente, cuando escribía su maravilloso discurso acerca del *Quijote* con motivo del primer Centenario de tal publicación, desapareció de España el primer crítico nacional del siglo XIX.

Don Marcelino Menéndez Pelayo adolece de un grave defecto como crítico. Es partidario decidido de la escuela retrógrada, y todo lo que se refiere á la escuela liberal ó á los ideales del progreso



Marcelino Menéndez Pelayo.

no merece su aplauso, sino su displicente desvío. Su crítica resulta así, por sistema, apasionada é injusta. Sus *Heterodoxos Españoles*, más que obra reposada de erudición y de juicio, parece una diatriba caprichosa contra los más ilustres pensadores que han honrado á España... Llega á decir, oponiéndose á la verdad histórica y á las más altas manifestaciones de la Ciencia y del Arte, que la Reforma sólo fué *una fase de la barbarie germánica*. No comprende ó no quiere confesar el equivocado crítico la universal grandeza de aquel movimiento, la utilidad y bienes sociales que ha reportado la obra más civilizadora de la Historia. Es sensible que con semejante criterio se juzgue hechos que han merecido la aprobación y el aplauso de las primeras inteligencias del mundo culto.

Es manifiesta injusticia llevar la crítica á tales extremos, como es desfigurar la verdad artística y estética llegar á pronunciar estas palabras despectivas hablando de los superiores Genios de Alemania:

¡Espíritus alegres, cuán distintos
De las negras terríficas visiones
Del yerto Septentrión, donde el fermento
De insípida cebada, en las cabezas
Sombras y pesadez va derramando!
¿Quién fantaseó de griegos y teutones
Sacrílego consorcio? Entre la niebla

De las ásperas cumbres hiperbóreas,
Y este radiante sol que á nuestros campos
El don prodiga de la rubia Ceres
Y de Falerno el otoñal racimo,
¿Quién las paces hará? ¿Quién podrá á Helena
Con el Fausto cazar, que imaginaba
El Júpiter de Weimar?...

A pesar de todo, y aun reconociendo siempre el mérito que tiene como erudito de prodigiosa memoria, más bien que como censor excepcional, ha escrito muchas

obras Menéndez que tienen crédito entre las personas estudiosas, aunque algunos no quisieran leer sus injustos reproches á la causa de la civilización. Se le considera más como un crítico de determinada escuela refractaria á todo adelanto; que como crítico de alta y soberana amplitud, apto para ejercitar tan sagrado magisterio sin prejuicios de secta ni equivocaciones de la voluntad.

Sus obras más notables son: *Horacio en España*, *Antología de poetas líricos castellanos*, *Historia de las ideas estéticas en España*, *Estudios de crítica literaria*, *Antología de poetas hispano-americanos* y los prólogos, demasiado difusos, que ha puesto á la colección de obras completas de Lope de Vega, que la Academia Española, que es la editora, ha suspendido últimamente...

Don Manuel de la Revilla. — Este ilustre profesor de la Universidad Central llegó á ser el crítico más afamado de España, por las incomparables dotes de suficiencia que le enaltecían. Había nacido en Madrid en Octubre de 1846: el año 1870 era doctor en Filosofía y Letras. El año 1876 obtuvo la cátedra de Literatura general y española en la Universidad de Madrid, donde propagó, entre discípulos que le admiraban, sabias doctrinas.

Sus críticas de libros, de composiciones dramáticas, de obras históricas, de puntos científicos, de propaganda de ideales, eran buscadas y admiradas por los espíritus estudiosos. Y lo mismo pasaba con sus discursos y contiendas ó polémicas sobre diversidad de materias en el Ateneo y en su inmensa labor periodística.

Aquella superior inteligencia ha dejado escritas encantadoras páginas acerca de la perfección de la crítica en su diversidad de aspectos; páginas que constituirán siempre lo más acabado sobre la facultad de sentir y apreciar la belleza que se ha pensado en España.

«El vulgo (dice) suele pensar que el crítico está obligado á saber realizar lo mismo que juzga, ó, lo que es igual, á ser artista creador. Ese es un error gravísimo. El crítico es artista, pero pasivo; su actividad versa siempre sobre lo que otro crea; pero él no crea por sí mismo, ni para nada lo necesita. Bástale con poseer el sentimiento artístico y conocer la naturaleza de los procedimientos de que el artista se sirve, y una vez dueño de estas cualidades, puede juzgar con acierto, por más que no sea capaz de ejecutar lo que juzga. La capacidad de juzgar los actos humanos no requiere nunca la de llevarlos á cabo: de otra suerte, los juicios serían imposibles para la mayoría de las personas. Lo necesario es el conocimiento teórico de la ley de estos actos, del proceso á que obedecen, de los medios de ejecutarlos y del estado psicológico á que responden; esto es, de todos los factores de que los actos son resultantes.»

Añade á continuación que «por regla general, y como quiera que las facultades intuitivas y creadoras, y las reflexivas y críticas se desarrollan las unas á expensas de las otras, suele suceder que no hay peores críticos que los artistas, ni peores artistas que los críticos; quizá porque la inspiración impide en aquéllos el ejercicio regular de la reflexión, y en éstos el análisis y el razonamiento ahogan

ó enfrían la inspiración. Además, el hábito constante del análisis, el repetido rebuscamiento de los defectos, harían al crítico ser tan exigente consigo mismo, y tan metódico al producir sus obras, que muy fácilmente le privarían de la libertad y holgura de que la inspiración necesita para crear».

Importa poco, en su opinión, que sea ó no capaz el crítico de hacer lo mismo que censura. Lo que interesa es ver si tiene razón al censurarlo. Si la tiene, su juicio es legítimo, por más que su incapacidad para crear sea absoluta.

Considera que la imparcialidad es condición inexcusable de toda sana crítica, entendiéndola por imparcialidad que el crítico haga cumplida justicia á la obra que juzga, sin dejarse llevar de móviles que perturben, extravíen ó corrompan su juicio.

Sobre esto expresa los bellos pensamientos que siguen:

«La imparcialidad supone que ninguna pasión debe mover al crítico y perturbar la serenidad de su juicio, pero no implica frialdad é indiferencia, como piensan algunos. El crítico debe amar la belleza con calor y pasión; debe interesarse por el Arte y consagrarse con afán á su fin, sin lo cual fuera la crítica fría, excéptica y verdaderamente infecunda. Pero no ha de dar oídos á la pasión y la preocupación, ni menos dejarse llevar de la vulgar idea que identifica la crítica

con la sátira, y supone que la misión del crítico se reduce á rebuscar defectos y ocultar bellezas en las obras. El crítico no ha de ser clemente, pero tampoco despiadado. Ha de ser severo, justo y apasionado sólo por la belleza y por el Arte.

La crítica ha de mantenerse apartada de las influencias y preocupaciones del público, no erigiendo en criterio el gusto tornadizo de ésta, sino los principios inmutables de lo bello; pero tampoco ha de prescindir por completo de los fallos de la opinión, sino que debe tenerlos en cuenta, ver qué hay en ellos de legítimo y razonable y ejercer su acción educadora, tanto en el público como en el autor.

La crítica no debe confundirse con la sátira ni tomar un carácter personal. En ciertas ocasiones podrá usar el arma del

ridículo, pero con mucha paciencia y parsimonia y cuidando de que ésta recaiga sobre la obra y no sobre el autor. La personalidad de éste siempre ha de quedar á salvo de sus ataques, y cuando haya de ocuparse de ella ha de hacerlo con el mayor decoro y respeto.

El lenguaje de la crítica ha de ser mesurado, digno, severo sin acritud, enérgico



Isidoro Fernández Flórez.

sin violencia, reflejándose en él de un modo adecuado la alteza de la misión que el crítico desempeña.

Llenando estas condiciones, la crítica constituye un elevado magisterio, y puede ejercer una provechosa influencia en el desarrollo progresivo del Arte literario. Faltando á ellas, siendo injusta, apasionada, incompleta, frívola, pedantesca, personal, poniéndose al servicio de torpes pasiones ó siendo gárrula manifestación de la ignorancia atrevida y temeraria, la crítica puede ser funesta y peligrosa y contribuir en parte no pequeña á la corrupción del gusto y á la decadencia de las letras.»

Aun no había cumplido Revilla 35 años cuando falleció en el esplendor de su gloria y cuando tanto podía esperarse de su preclara inteligencia. Los muchos admiradores que tenía le tributaron el recuerdo de su amor, nunca como entonces justificado.

Es notable, aunque deficiente, la colección de las obras de Revilla, que hizo el Ateneo de Madrid en 1883. Esta colección contiene dos trabajos magistrales, un prólogo de don Antonio Cánovas del Castillo y un discurso preliminar de don Urbano González Serrano.

Su obra, *Principios de Literatura general*, es sin duda la mejor de todas las referentes á la enseñanza, basada en la Ciencia y en la Estética.

La asombrosa amplitud de miras con que lo examinaba todo aquel grandioso talento, comunicaba á su crítica una profundidad que no admite comparación con ninguna otra. Por eso sus juicios influyeron tanto en la cátedra y en el público, y se aprecian y estudian en muchos casos como manifestaciones inestimables de la verdad estética.

Hemos de citar como críticos que descollaron también en la segunda mitad del siglo XIX por sus méritos, aunque no llegaron á ser considerados como superiores á los hasta aquí nombrados, á Armando Palacio Valdés, Leopoldo Alas, Jacinto Octavio Picón, Isidoro Fernández Flórez, José Fernández Bremón, Angel Lasso de la Vega, Aureliano Fernández-Guerra, Eustaquio Fernández de Navarrete, don Cayetano Rosell, don Pedro F. Monlau, don Florencio Janer, don Francisco de Paula Canalejas, don José Fernández Espino, don José del Perojo, Donoso Cortés, Pelegrín García Cadenas, don Pedro Alcántara García, don Francisco F. Villegas, don Antonio Sánchez Moguel, Felipe Pérez y González y otros que no recordamos en este momento.



Donoso Cortés.

Entre los catalanes que han ejercido la crítica, ya escribiendo en castellano, ya en su propia lengua, merecen ser citados como gloria de las letras patrias el gran Milá y Fontanals, Rubió y Ors, Coll y Vehí, Pablo Piferrer, Guillermo Forteza (mallorquin), don Juan Mañé y Flaquer, don Víctor Balaguer, Ixart, Sardá, Giner y otros muchos.



José Ixart.

Catalán fué también don Melchor de Pallau, natural de Mataró, muerto en Madrid cuando escribimos estas páginas (1910).

Nació en 1846. Fué ingeniero y catedrático; pero demostró superiores facultades en el cultivo de las letras. Sus poesías científicas tienen interés seductor. Ya ha hecho notar su gran mérito el sabio crítico don José R. Carracido. Pero su labor más bella, con serlo tanto, no es su inspiración poética: fué su inteligente y razonada crítica, que desde 1888 dió á conocer en una serie de especiales opúsculos importantísimos, que las personas estudiosas leían con avidez, por lo académico de la forma y la intensidad psicológica en el juicio y la observación.

Titulaba el autor estos opúsculos *Acontecimientos literarios*. En ellos se conservan multitud de observaciones críticas que enseñan la verdad acerca de muchas obras. Era el fin muy elevado: examinarlas y emitir dictamen científico de ellas.

En el prólogo que encabeza el primero de sus folletos, que coincidió con el entierro de aquel famoso novelista y gran poeta don Manuel Fernández y González, de quien hablamos oportunamente, explica el autor el motivo de su labor, que no podía ser más noble y patriótico.

«La ocasión del trabajo (dice) á que en este cuaderno doy comienzo, y que he de continuar, mediante Dios, me fué dada por la lectura de *The Literary World*, periódico quincenal de Boston, en el que se trataba *de la literatura contemporánea de todo el mundo*.

Revélase en el autor del estudio allí inserto un tan grande desconocimiento de lo que en la España literaria acontece; hay tan lamentables pretericiones, enaltecimientos tan subidos de tono, desbarajuste tal en la gradación gerárquica de novelistas, y datos tan graciosos, como el de que «en este año (el de 1887) nada ha escrito el poeta *Bécker*», que después de entristecerme, como siempre que se hojea libro de extranjera mano en que se haga mención de nuestra infortunada cuanto desconocida patria, hube de preguntarme si es ajena toda la culpa, ó nos

cabe gran parte de ella á los que, testigo de vista y de oído, y, á pesar de la boga é importancia de la estadística en sus diversas manifestaciones, nada producimos que condense, crítica y bibliográficamente, lo que de conspicuo brota en el terreno de nuestras letras, distinguiéndonos en ésto de las demás naciones que, ora en anales, ora en antologías, ora en otra forma, publican estudios de valía, síntesis y recopilaciones que son arsenal de datos para el sabio, de recuerdos para el aficionado, y de temas y noticias para los que, no pudiéndose dedicar á la diaria investigación de la vida artístico-literaria, necesitan saber de ella, por constituir su conocimiento indudable parte de la instrucción y hasta de la educación modernas.»

«Téngase en cuenta, además, que no es el tomo ó volumen el único medio de expresión del talento ó del genio, sobre todo en países meridionales, y que abundan en España literatos que no escriben libros, pero que manifiestan de otra suerte la brillantez de sus cualidades, ingénitas ó adquiridas, y se explicará la conveniencia de los apuntes, que, á medida que los acontecimientos lo reclamen, nos proponemos escribir, los cuales serán datos que, en su día, persona más entendida y con mayores alcances pueda aprovechar para la historia contemporánea.»

Aunque Melchor de Palau escribía el castellano con la maestría y la perfección de un clásico, tenía predilecto amor á su adorada Cataluña.

Federico Rahola ya lo dijo en un elogio que hizo de él hace algunos años, en 1892.

«Palau (dice) quiere enlazar las glorias de la Ciencia con los esplendores de la Poesía. Conmovido ante los prodigios realizados por la edad moderna y presintiendo los asombros que vendrán, deja oír su voz ferviente en loor de los progresos de su era, y á las pesadumbres y quejas de la Poesía pesimista y doliente, contesta con los acentos gratos del que, contento en su siglo, no deplora, como Alfredo de Musset, haber llegado demasiado tarde, sino haber venido demasiado presto.

Merece nuestras sinceras alabanzas la obra de Palau, y comprendemos que, al leer por vez primera sus *Verdades poéticas* en el Ateneo de Madrid, provocara el entusiasmo de escritores tan ilustres como Moreno Nieto, Revilla, Cañete, Echegaray, Sánchez Moguel, Pérez Galdós y otros no menos autorizados.

Entusiasta de Cataluña, pone especial empeño en dar á conocer nuestras mejores producciones literarias, siendo fruto de su pluma una excelente traduc-



A. Sánchez Moguel.

ción de *Atlántida* y la bien hecha traducción en verso de la *Batalla de Reinas*. En la actualidad está preparando un notable *Diccionario de Catalanismos*.»

El hermoso libro que publicó en 1896, que contiene con crítica superior el examen de la producción literaria más notable en España durante 1895, es admirable y revela al nuevo crítico que estudia los procedimientos adoptados por los literatos más famosos en el extranjero.

«Siguiendo (dice) ciegamente el juicio y método de Taine, la importancia de una obra literaria no radica tanto en su alteza estética como en su correlación con el modo de sentir en la época en que vió la luz, estimándose documento histórico más que encanto y elevación del espíritu, hija más que creadora de un ambiente: lo genial con sus arrojos, lo singular con sus innovaciones, ceden ante lo mediocre y repetido, como si se tratara de una prueba de testigos, y el concepto estético decae, convertido en mero timbre histórico social...

La crítica científica, evolución de la tradicional y dogmática, cuyo último suspiro se percibe apenas, no bastándole haberse desidealizado, como lo ha hecho aun en Alemania, ha de fundarse — para que pueda recibir tal calificación — en las ciencias experimentales, según lo practica la filosofía misma, y sobre todo la literatura, que es su masa laborable, y ser naturalista (no se habla aquí del asendereado naturalismo) á lo Bacon, á lo Reid, á lo Lyell, á lo Darwin, para citar diversos aplicadores de método que tanto empuje ha dado á las ciencias, apoyándose más que en la estética histórica, rígida y aristocrática—aunque sin desatender sus enseñanzas — en las leyes estéticas que las obras mismas dan de sí en concordancia con las cada día más conocidas de la naturaleza y en relación con la época, con el ambiente, con el estado intelectual y moral de los pueblos, lo que produce la estética variable y relativa, etnográfica quizá, dentro de la comprensora é inmutable, que más se siente, que se expresa en cánones.

Siguiendo á Claudio Bernard, á Pasteur y á otros, arranquemos:

Au fait qui meurt la loi qui dure,

según acaba, en sabia poesía, de decir Sully Proudhomme, celebrando el aniversario de la Academia Francesa, con la práctica ventaja de que si no cabe en obras literarias aplicar con toda precisión el método, son—por no morir tan presto —á la vez sujeto y objeto de la experimentación, comprobando en sí mismas el principio ó esencia que han emanado.

La unidad de leyes de la naturaleza, cada día más confirmada y patente, es extensiva al arte, hija alada suya, sobre lo cual diríase que no pesa la antipática acción de la gravedad.

En tarea tan difícil y grande sólo incumbe á nuestra pequeñez aportar materiales, descascararlos y pesarlos en romana propia... y, admitiendo como procedimiento eficaz en historia el de Taine (en tal concepto lo estimamos valioso y honorante para la literatura), procurar que los venideros, al descubrir la concha

del molusco — continuando aquí la comparación de tan eximio escritor en el prefacio de su mejor obra, — tengan además datos imparciales acerca del sér que la habitó y del ambiente en que respiraba y se nutría. »

Las revistas críticas de don Melchor de Palau serán conservadas y estudiadas en lo futuro para decidir sobre el verdadero mérito y originalidad de muchas obras que vieron la luz desde el año 1887 al de 1896.

Hace dos (1908) había sido nombrado, con títulos sobradísimos para ello, individuo de número de la Academia Española.

Homenaje de gran estimación como críticos merecen Amador de los Ríos, Leopoldo Augusto de Cueto y el agustino don Francisco Blanco García, que han dejado obras notables acerca de la *Historia de la Literatura Española hasta los tiempos de Carlos V*, el primero; sobre la *Historia crítica de la poesía castellana en el siglo XVIII*, el segundo, y acerca de la *Literatura Española*, el último. Peca la obra del agustino de apasionada al hablar de escritores de la Escuela liberal; de modo que, en conjunto, carece de verdad y de imparcialidad, las dos cualidades características de la Historia, sin las que no hay, mejor dicho, Historia posible.

El trabajo de Blanco García ha quedado sin perfeccionar. Los dos primeros tomos que tratan de la Literatura propiamente castellana hasta fines del siglo XIX, adolecen de muchas deficiencias de crítica, aunque en erudición sobran algunas veces observaciones y juicios acerca de libros poco merecedores de mención y detenimiento. Hay otro tomo donde se ocupa en las *Literaturas regionales* y la *Hispano-Americana*. La parte mejor tratada en ese tomo es lo referente á la *Literatura catalana en el siglo XIX*.

Merecen también especial mención las indagaciones y trabajos que hizo y publicó el señor Blanco sobre la *Vida y escritos de F. Luis de León*, en que se muestra crítico perspicaz y prosador notable. Desgraciadamente falleció todavía joven este distinguido escritor.



Leopoldo Augusto de Cueto.

HISTORIADORES.

Notable es por muchos conceptos la obra del Conde de Toreno, *Historia del levantamiento, guerra y revolución de España*. En ella reveló Toreno excepcionales

condiciones para este género de trabajos. Relató minuciosamente las vicisitudes por que pasó España durante la guerra de la Independencia. Es obra de indispensable consulta para el conocimiento de las Historias de España en el siglo XIX.

Descuella sobre todos los historiadores que tuvimos en el siglo XIX don Modesto Lafuente, escritor tan fecundo y trabajador que, á pesar de haber dedicado lo mejor de su vida á las tareas periodísticas, supo dejar una hermosa *Historia de España* que fué en su tiempo la admiración de los hombres estudiosos, y constituye todavía un verdadero monumento histórico y literario del siglo XIX. Un criterio reposado de alta indagación, que siempre se inspira en las ideas liberales, hizo su labor grata á todas las inteligencias, que aplaudieron su obra de reparación y de justicia.

Su gran *Historia de España* substituyó desde entonces en el estudio de jóvenes y viejos á los antiguos libros de Mariana y sus continuadores, y el aliciente que dió á este género de obras explica bien el impulso que comunicaron para sucesivas investigaciones sobre la base de la verdad histórica.

La obra de Lafuente, de la que se hicieron dos copiosísimas ediciones antes de 1868, y una de ellas llevaba al frente la *Vida* del historiador, escrita por Ferrer del Río, se ha repetido después en novísimas reproducciones hechas por la casa

Montaner y Simón, de Barcelona, en 1883. La reimpresión se hizo bajo la dirección del sabio literato don Juan Valera, y la continuación de la *Historia general* hasta entonces la escribió el mismo señor Valera con la cooperación de varios compiladores, entre ellos el también insigne historiador Antonio Pirala, autor, entre otras, de las obras *Historia de la guerra civil* y *Anales de la guerra civil*.

Poco tiempo después apareció otra *Historia general de España*, que emprendió y ha logrado llevar á dichoso término el catedrático de la Universidad Central, don Miguel Morayta y Sagarrio.

Esta *Historia* tiene un fin civilizador y crítico que la avalora notablemente. El autor ha reconstruido la historia verdad, diciendo estrictamente lo cierto y averiguado, rechazando ó discutiendo lo falso, lo



Antonio Pirala.

vago, lo nebuloso, lo problemático. Ese es el único modo de enseñar á los hombres estudiosos: adoptar el método racional, rechazar las falsedades, las mentiras, las leyendas, los cuentos de la superstición y del engaño. La Historia es así la maestra de la vida, la consejera y alma de la Humanidad. Mientras más se apoye en hechos reales y positivos, mas provechosas serán sus enseñanzas.

Por atemperarse rigurosamente á este criterio y por las persecuciones que el amor á la verdad les acarreó, merecen también un lugar en estas páginas los catedráticos de los Institutos de Madrid y Valencia respectivamente, don Manuel Merelo y don Anselmo Arenas, autores de notables compendios de Historia de España.

Tuvo don Antonio Cánovas del Castillo una gran iniciativa encaminada á depurar los estudios históricos en España. Su predilección por los de esta índole le hizo pensar en una nueva *Historia general de España*, y creyó — y creyó bien — que nadie tan obligado á ello como La Academia, creada con tales fines.

Propúsose (y algunos tomos se llegó á publicar) una *Historia general* documentada, amplia, verdadera, crítica, de España.

Habían de escribirla individuos de número de la Academia de la Historia, bajo la dirección del mismo Cánovas. Fracasó en definitiva tan laudable proyecto.

Cánovas dejó nombre de historiador fiel y de profunda indagación filosófica.

Ha dicho con razón don Arcadio de Roda, en su *Vida literaria y política de Cánovas del Castillo*, que sus escritos, aun aquellos en que domina la imaginación, están tan llenos de datos y doctrina, que no basta una sola y rápida lectura para sacar de ellos toda la enseñanza que encierran.

No hay época notable de nuestra historia que él no haya examinado á fondo; ni hay tampoco personaje de primera talla, cuyo carácter y destino político en su respectiva época no haya estudiado como erudito y político al mismo tiempo. Sus investigaciones han sido, á las veces, de pura erudición, y tales, que han puesto en claro puntos oscuros ó cuestionados hasta entonces.

« En otros trabajos suyos (dice Roda) remonta más, mucho más el vuelo; y al par que hace lucir las riquezas de su elocución, siempre elegante y morigerada, pinta las épocas y los personajes, investiga las causas de los acontecimientos, explica sus consecuencias, y ejerce, en fin, magistralmente el doble oficio de narrador y de filósofo.

Los asuntos históricos que, al parecer, más han llamado la atención del señor Cánovas, son la dominación de los españoles en Italia y el reinado aquí de la Casa de Austria. Después de haber escrito, cuando aun era muy joven, una *Historia de la decadencia de España*, publicó más tarde un *Bosquejo histórico*, que abraza la dominación de los cinco reyes que ocuparon el trono, desde Carlos I hasta Carlos II; y que, á pesar del modesto título con que lo encabeza, es una obra considerable y de muy singular mérito bajo cualquier aspecto que se la mire. En este libro es donde muestra, más que en ninguna otra de sus producciones, la madurez que su juicio llegó á alcanzar con el continuo estudio y la continua meditación. »

No hemos de echar en olvido que á Cánovas debemos esos libros inestimables de crítica literaria anecdótica que se titulan *El Solitario y su tiempo*, y tres tomos de *Problemas contemporáneos*, que demuestran su gran suficiencia, aunque con equivocado criterio en ocasiones, como político y sociólogo. En *El Solitario* nos ha



José Gómez de Arteche.

dejado una hermosa biografía de su tío y protector don Serafín Estébanez Calderón, insigne hablista.

Don Francisco Pi y Margall, entre otros trabajos históricos, publicó en dos tomos en folio una *Historia general de América*. Barcelona, 1892.

Don José María Asensio publicó una *Historia de Colón*, que mereció bastante aprecio.

Don José Gómez de Arteche dió á la estampa una *Historia de la guerra de la Independencia* y otros trabajos dignos de estima.

Sobre historia y arqueología de Galicia han dejado obras que merecen estudio y elogio don Antonio López Ferreiro, don Manuel Murguía y don Celso García de la Riega, que en su notabilísima obra publicada

en 1904 (Pontevedra) habla y discute acerca de cuestiones geográficas é históricas de Galicia con rectitud y acierto, como en el prólogo de su libro promete.

Don Vicente de la Fuente escribió con cerrado criterio ultramontano sus *Historia de la Iglesia en España é Historia de las Universidades de España*.

Merecen el aprecio de toda persona ilustrada, además de los trabajos del señor Gil y Zárate, la obra en dos tomos (4.º mayor) que publicó en Burgos (1871-74) el docto catedrático por oposición de aquel instituto de 2.ª enseñanza, don J. M. Sánchez de la Campa. Es su título *Historia de la Instrucción Pública en España hasta nuestros días*. Algo prolija, contiene sin embargo muchos datos y observaciones de interés para el estudio de tan importante materia.

Los trabajos que dió á la estampa el señor don Cesáreo Fernández Duro, de sumo esmero para ilustración de puntos oscuros ó de gran trascendencia, han sido y serán siempre consultados con fruto: *La Invencible*, *Antonio Pérez*, *Memorias históricas de Zamora*, etc.

Son en gran número los autores locales ó provinciales que han escrito notables obras históricas que se consideran, con

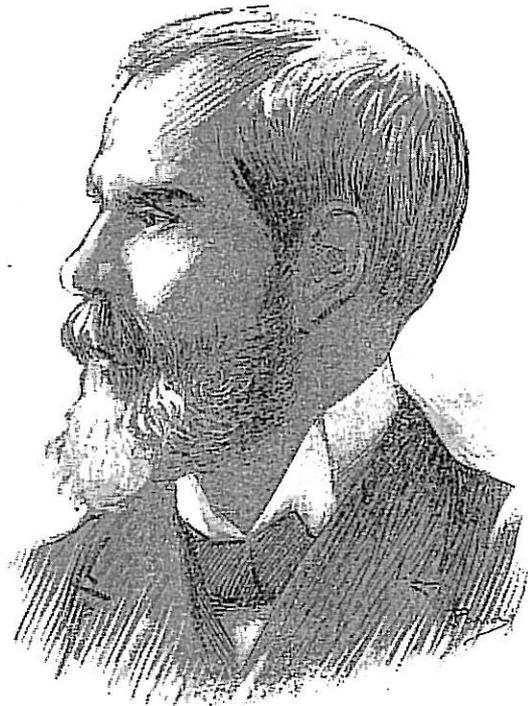


A. Gil y Zárate.

mucha razón, como documentos insustituibles y de valía para la comprobación de los antecedentes justificativos, lo cual pasa por ejemplo con la *Historia de Cádiz*, clásica por el estilo y la erudición, que escribió don Adolfo de Castro, lo mismo que la *Historia de los protestantes españoles*, del referido autor.

Merece también mención muy honrosa el señor Rodríguez Villa, que ha publicado multitud de curiosísimos trabajos históricos; el gran literato y profesor de la Universidad de Oviedo, señor don Rafael Altamira, tan conocido por su *Historia de España y de la civilización española*; don José María Pereira, autor de una excelente *Historia* de la mayor edad de Isabel II; varios estudios interesantes de A. Danvila, y otra infinidad de volúmenes que sería interminable seguir citando.

Hemos de mentar, sin embargo, por el real mérito que revisten, la obra de don Gaspar de Muro sobre *La princesa de Eboli*; la de don Joaquín Francisco Pacheco, titulada *Historia de la regencia de la reina Cristina*; la de *Mendizábal*, por A. García Tejero; la que redactó acerca de *Antonio Pérez* don Salvador Bermúdez de Castro; la que compuso con bastante imparcialidad sobre las *Alteraciones de Aragón*, en tiempo de Felipe II, don Pedro José Pidal; los *Estudios biográficos* sobre políticos contemporáneos, que dejó publicados el gran periodista y amigo de Castelar, don Joaquín Martín de Ollas; las dos grandes obras de Balaguer *Historia de los Trovadores* é *Historia de Cataluña*; y la inmensa labor histórico-crítica con la que admiró á España y al extranjero el incomparable maestro don Emilio Castelar, prodigio y gloria de España como fecundo escritor y orador excelso.



Rafael Altamira.

Trabajos son también de profunda significación histórica, aunque incompletos ó deficientes en cierto modo, la *Historia de las clases trabajadoras*, de Fernando Garrido: los *Discursos Económico-Políticos*, uno de los primeros libros que se publicaron sobre Economía política en español (Paris, 1829, en 8.º de 394 págs.), del que fué autor el gaditano don José Manuel de Vadillo, que murió en su mismo pueblo natal en 1863, habiendo dado á la estampa muchos libros notables, entre otros un estudio magnífico analizando y oponiéndose al *Concordato* de 1851.

También son dignas de mencionarse la *Historia de la Economía política en España*, de don Manuel de Colmeiro; la *Historia de la propiedad territorial en España*, de don Francisco Cárdenas; la *Historia de las instituciones sociales de la España goda*, de don Eduardo Pérez Pujol; los trabajos históricos sobre *Derecho español y el régimen señorial y la cuestión agraria en Cataluña durante la Edad Media*, de

don Eduardo de Hinojosa, y los luminosos estudios de don Joaquín Costa sobre diversas materias.

Historia de Derecho constitucional constituye asimismo la elocuente serie de lecciones que pronunció en el antiguo Ateneo de Madrid el sabio crítico don Antonio Alcalá Galiano, y que, en palabras del mismo autor, «recogidas con habilidad suma en signos taquigráficos por los hábiles profesores en dicho arte D. Antonio Ferrer del Río y D. Juan Pérez Calvo», fueron coleccionadas en un libro en 4.º el mismo año de 1843.

Cerraremos los párrafos que hemos dedicado á los historiadores más notables que se distinguieron en España en el siglo XIX, enalteciendo la memoria de aquel sabio catedrático de Historia en la Universidad Central, doctor don Fernando de Castro, que estudió y explicó la Historia con alta comprensión de filósofo y quiso transformar la vida intelectual y social en España conforme á las enseñanzas científicas, siendo su labor cariñosamente aceptada y difundida por espíritus generosos é inteligencias superiores que han laborado siempre por la verdad, y cuyos propósitos se dirigen constantemente al triunfo universal de la Ciencia contra los prejuicios y falsificaciones interesadas de la mentira oficial.

¡Qué puede decirse más verídico, más concreto, más profundamente filosófico sobre los efectos de la Reforma de Lutero que estas razones admirables!:

« Como las luchas y disputas por causa de la Reforma, á vuelta de los errores, tenían por objeto también la reforma de las costumbres y la pureza del culto, los decretos de reformación del Concilio general de Trento y los concilios particulares que después se celebraron para ponerlo en ejecución, particularmente los muchos que celebró San Carlos Borromeo, contribuyeron grandemente á la reforma de las costumbres y de la disciplina.

Las continuas acusaciones de los protestantes y su manera de obrar fueron un estímulo poderoso que contribuyó no poco para corregir las costumbres de los católicos. Además de eso, el estudio de la teología y de los libros sagrados tomó un desarrollo más científico y práctico, y menos escolástico y superficial; y la moral, reducida antes á principios vagos y equívocos, y sujeta á interpretaciones arbitrarias, adquirió un carácter de aplicación más claro, más práctico y más fijo.

Con San Carlos Borromeo, San Francisco de Sales, Fénelon y otros se introdujo en las prácticas religiosas una tendencia á pararse menos en lo material de las devociones, y á fijarse un poco más en su espíritu, y en la idea de reformar, mediante ellas, los vicios del corazón y las imperfecciones de nuestra naturaleza.

Respetando siempre la moral austera, se comenzó á introducir en la Iglesia una virtud cristiana, grave, seria, pero que pudiese ser practicada por todas las clases de la sociedad, y que no impidiese el cumplimiento en la mujer de los quehaceres de su casa y familia; y en el hombre el de los negocios de su estado, profesión ú oficio, comenzando á prevalecer aquella máxima de San Francisco de Sales: *Todo por amor, nada por fuerza.*

Desgraciadamente esta máxima, tan conforme á la doctrina caritativa de Jesucristo y á la debilidad y flaqueza de la condición humana, no fué siempre seguida. Uniéndose en estos tiempos el poder civil al religioso, prestó á éste el elemento de persecución y de fuerza que él no tiene por su naturaleza; y en la inquisición, en las persecuciones y guerras religiosas prevalecieron los intereses políticos sobre los religiosos. La religión de Jesucristo no dice *aborrece*, sino *ama*; no dice *mata*, sino *convence*.

OBRAS MAESTRAS DE INVESTIGACIÓN

Lo son muy excepcionales en la literatura española del siglo XIX las que citamos á continuación:

Todos los estudios orientalistas del sabio don Pascual de Gayangos, especialmente su *Historia de las dinastías mahometanas de España*, además de sus trabajos de erudición en la literatura histórica y crítica de la castellana, y del *Catálogo* que ha dejado en el Museo Británico de los libros españoles que allí existen.

Las indagaciones de don Eduardo Saavedra sobre el estudio de los libros en *aljamía*.

La Biblioteca arábigo-hispana, y la *Decadencia y desaparición de los Almoravides en España*, por don Francisco Codera.

Las obras de don Francisco Fernández y González, tituladas, *Suplemento á la Biblioteca arábigo-hispana de Casiri*; *Catálogo de los manuscritos rabínicos del Escorial*; *Importancia de la cultura de los Arabes españoles*; *Instituciones del Pueblo de Israel en los diferentes Estados de la Península*, y otras.

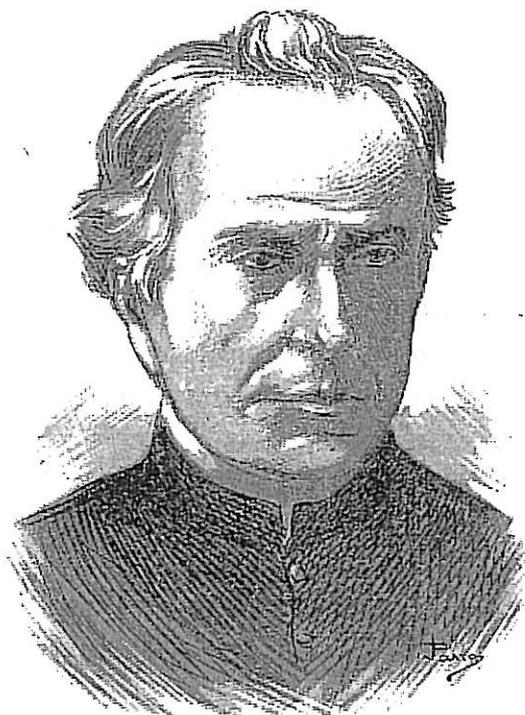
El *Glosario etimológico de las palabras españolas de origen oriental*, por don Leopoldo Eguilaz y Yanguas.

El *Glosario de voces ibéricas y latinas usadas entre los mozárabes*, por don Francisco Javier Simonet, catedrático que fué de Granada.

Bibliófilos y Bibliotecas en la España musulmana, por J. Ribera.

Mobilización de la fuerza del mar por el intermedio del aire comprimido, obra científica publicada en el tomo noveno de la R. Academia de Ciencias Exactas, Físicas y Naturales. Fué su autor el gran polígrafo don Eduardo Benot y Rodríguez, de quien ya dejamos hecha mención por sus extraordinarios méritos literarios. Madrid, 1881.—871 páginas en folio.

Y la inmensa colección epigráfica que ha trabajado el P. Fidel Fita, maestro reconocido en estos importantes estudios.



P. Fidel Fita.

ESCRITORAS NOTABLES.

No quedarían completos estos asuntos sobre la literatura española en el siglo XIX si olvidáramos los nombres de las mujeres dignas de elogio, que han cultivado las letras patrias en el período que comprende esta Historia.

Educada por su padre, el sabio Böhl de Faber, su hija Cecilia (que desde su niñez se puede decir se naturalizó en España) alcanzó fama de distinguida escritora de novelas de costumbres. Es conocida con el seudónimo de Fernán Caballero. Falleció en 1877.

De doña Carolina Coronado y de doña Gertrudis Gómez de Avellaneda hemos de recordar los excepcionales méritos de la primera como poetisa de selecta ins-



Patrocinio Biedma.

piración y la merecida fama que consiguió la segunda por su prodigiosa inventiva en todos los géneros literarios, por los que mereció señaladas y muy justas alabanzas de Hartzenbusch, Pastor Díaz, don Juan Nicasio Gallego, Valera y Menéndez Pelayo.

Con singular estimación debemos también citar á doña Antonia Díaz de Lamarque, gran lírica de la Escuela sevillana; á las distinguidas poetisas malagueñas doña María Mendoza y doña Josefa Barrientos; doña Robustiana Armiño y doña Dolores Velilla.

Como novelistas se hicieron famosas doña María del Pilar Sinués, doña Angela Grassi, doña Rosalía de Castro, doña Concepción Gimeno de Flaquer, doña Faustina Sáez del Melgar, doña Patrocinio Biedma de R-

dríguez, doña Catalina Macpherson y doña Enriqueta Lozano.

Doña Concepción Arenal, que nació en 1820 y murió en 1893, fué una mujer admirable. Como escritora ha dejado libros que se estudian siempre con veneración. Los humildes, las cuestiones sociales, las reformas penitenciarias, la defensa y dignificación de la mujer, la práctica de la justicia en todo y para todo, son temas de sus trabajos inmortales. Concepción Arenal (un autor extranjero lo ha dicho) «en muchos asuntos es una autoridad, no sólo en España, sino en toda Europa».

Doña Blanca de los Ríos de Lampérez es literata de sumo prestigio. Ha publicado multitud de estudios interesantísimos de investigación y crítica, especialmente sobre el maestro Tirso de Molina y su incomparable Teatro.

Y de doña Emilia Pardo Bazán, á la que tan justos elogios tributamos como

insuperable y celeberrima autora, sólo podremos repetir, en compendio, lo que acerca de ella ha escrito don Juan Valera, quien le llama «INFATIGABLE, INGENIOSA Y FÁCIL POLÍGRAFA».

HISPANÓFILOS ILUSTRES.

No queremos tampoco dejar de citar siquiera en el presente bosquejo de la literatura española del siglo XIX los nombres respetables de varios extranjeros que han trabajado con celo, amor y entusiasmo por el enaltecimiento de las letras castellanas y supieron hablar y escribir el patrio idioma como si fueran españoles.

Ticknor, el autor angloamericano de una *Historia de la literatura en España*, abrió el camino, entre otros precursores, para este linaje de estudios, pues el sabio Gayangos, traduciéndola en castellano, enriquecida con multitud de notas críticas, nuevas informaciones y documentos, vulgarizó entre nosotros muchos juicios sobre nuestra fecunda producción intelectual. Despertó con el ejemplo á espíritus estudiosos, resueltos á seguir iniciativas tan provechosas para el exacto conocimiento de nuestra gloriosa manifestación literaria.

Desde mediados del siglo XIX un literato de Suecia, conecedor meritísimo del idioma castellano, el doctor Eduardo Lidforss, se dió al estudio de códices históricos y literarios referentes á nuestra Patria.

Era profesor de la Universidad de Lund cuando en 1876 publicó en castellano por primera vez la *Historia Gótica* de don Rodrigo Jiménez de Rada.

En 1895 publicó otra producción importantísima: *Los Cantares de myo Cid*, con una introducción y copiosas notas. Lund. Imprenta de E. Malmström.

«*Los Cantares de myo Cid* (dice Lidforss en su bien escrita y curiosísima *Introducción*) más conocidos bajo la denominación de *El Poema del Cid*, nos han sido conservados en un solo manuscrito, que dió á luz D. Tomás Antonio Sánchez en el tomo I de su *Colección de poesías castellanas anteriores al siglo XV*.» (Madrid, 1779).

Este trabajo de investigación y de crítica, todo escrito en buen castellano, menciona las reimpresiones que se hicieron hasta la publicación de la suya, así como traducciones á varios idiomas.

«En cuanto á la presente edición (dice al terminar), se ha hecho con el objeto de aprovechar para el texto las mejoras de sentido alcanzadas por la crítica, re-



Concepción Arenal.

uniendo y discutiendo en las notas lo que, en tan diversos lugares, se ha dicho sobre cada pasaje. Se añadirá alguna cosilla de la propia cosecha, que no haya sido advertida por otros; y si las nuevas de *myo Cid* no adelantan ni mucho ni poco, me consolaré con la esperanza de que no ha de ser del todo inútil á los estudiantes y á los aficionados ofrecerles, con tanta copia de observaciones y enmiendas, la ocasión de examinarlo todo y retener lo que fuere bueno. »

Hace constar Lidforss que debió á la cortesía del señor Marqués de Pidal tres *facsimiles* del códice en el tamaño del original.

Y para ponderar la maestría con que escribe y critica en castellano el insigne literato y catedrático de Suecia, sólo diremos que su labor de anotación comprende desde la página 97 á la 164, ambas inclusive, de letra muy compacta del nueve en renglones á todo el ancho del folio; de suerte que la lectura excede á más de 260 páginas de un tomo en 8.º

Conocido y muy estimado era en España Lidforss por las traducciones sueca, dinamarquesa é islándica que hizo *De los consejos que dió D. Quijote á Sancho Panza cuando iba á gobernar la insula*. Esas versiones formaron parte de la edición políglota, hecha por el inolvidable López Fabra en cien idiomas ó dialectos, como complemento de la magnífica reproducción por la Fototipografía, efectuada en Barcelona el año de 1872, de la edición príncipe del *Quijote*; empresa gloriosa para España, premiada con medalla de oro en la Exposición Universal de Filadelfia.

Lleno de glorias y merecimientos, retiróse hace años de su cátedra el sabio profesor, y desde entonces ha pertenecido al Instituto Nobel, sección de la Real Academia de Suecia.

Tan prestigiosa personalidad científica merece también nuestros respetos por un suceso fausto: el premio otorgado por el Instituto Nobel, en unión del esclarecido vate provenzal Mistral, á nuestro gran dramaturgo y hombre científico don José Echegaray. Fué Lidforss el encargado por el Instituto para emitir sus autorizados juicios sobre la producción literaria de los señores Echegaray, Núñez de Arce y Mistral; tarea larga y delicadísima.

Su parecer primitivo, dictado por la rectitud y la más alta crítica, fué la base del felicísimo definitivo acuerdo que tanto honró y enalteció á España en el mundo intelectual.

Del eximio literato alemán don Juan Fastenrath y escritor de gran mérito en castellano, dejamos hecho en páginas anteriores las merecidas alabanzas. Este hijo preclaro de Alemania ha dejado nombre imperecedero en la Historia de la Literatura española en el siglo XIX.

La señora viuda de Fastenrath, doña Luisa Goldmann, gran poetisa húngara, hace actualmente una edición completa de la hermosa obra original de Fastenrath, titulada: *La Walhalla y las glorias de Alemania*. El primer tomo, 8.º francés, que acaba de repartirse (Sucesores de Rivadeneyra, Madrid, Marzo, 1910), con-

tiene un magnífico Estudio-prólogo de *Fastenrath y La Walhalla*, escrito por el elegante literato y vate don M. R. Blanco-Belmonte, redactor de la *Ilustración Española y Americana*.

Hemos de reproducir algunos párrafos que enaltecen con la justicia debida la memoria del inmortal polígrafo.

«Romántico, gallardamente romántico como nuestro Angel de Saavedra, Duque de Rivas, salióse de la tierra nativa ávido de emociones, abierto el cerebro á las ideas y el corazón propicio á acoger ecos y resonancias sentimentales.

Peregrino, juvenil, acaso iba en busca de términos de comparación que le sirviesen para acendrar más y más sus exaltaciones de afecto patriótico.

Entró en España como romero que realiza un voto visitando los santos lugares; entró en España teniendo por guías: su dominio de nuestro idioma, aprendido en el hogar paterno; su devoción á nuestra literatura clásica, y, en fin, un ejemplar de nuestro avasallador *Romancero*.

Y España, reconocida al homenaje que el peregrino del Rhin le tributaba, le inundó de luz y de color la fantasía, le reveló el secreto de las melódicas endechas que desgranaban los ruiseñores en los bosques de la Alhambra, y Fastenrath, al salir del territorio hispano, salió ungido con el óleo del Arte, salió con la frente sellada con el beso de Dulcinea, y al tornar á su patria, sus primeras frases — frases de cariño devoto, — fueron estrofas que se engarzaron en el rosario de bellos volúmenes; Fastenrath se reveló poeta, y su revelación fué obra de esta España reveladora de mundos ignotos, así en los mares del globo como en los océanos de las almas.

A partir de este momento quedó firmado un pacto de amor, un pacto tan firme, que ni el tiempo ni la muerte han conseguido romper.

Y Fastenrath vino una y otra y otra vez á España para afianzar amistades con españoles preclaros, para tomar parte en nuestras lizas trovadorescas, para asociarse á las fiestas celebradas en conmemoración de los centenarios de Calderón de la Barca y del descubrimiento de América.

Tan íntima y tan grande era esta comunidad de ideas y de afectos, que á los torneos del *Gay Saber*, efectuados en Barcelona y en Zaragoza, trajo el bardo hispanófilo el mejor pedazo de su alma. Reina de esos Juegos Florales fué la noble é inteligente dama húngara Luisa Goldmann, amada y amante compañera de Fastenrath.

Y cuando España aclamaba á Cervantes en el tercer centenario de la publicación de ese asombro de las letras que se llama *El Quijote*, el autor de la *Walhalla* alzaba en Colonia su inspirada voz, entonando himnos de entusiasmo hacia el sublime soldado de Lepanto.

Apóstol de amor, hizo que Alemania admirase y amase á España, y logró que España admirase y amase á Alemania.

Para ello, al mismo tiempo que vertía al alemán todo el tesoro de nuestras letras, nos daba á conocer en nuestro idioma las figuras más relevantes del Imperio germano.»

Entre todos los títulos, el más grato, el que ostentó con orgullo—que era latido de entusiasmo y prueba de modestia,—fué el de «Hijo adoptivo de Sevilla,» adopción hecha por acuerdo unánime del Cabildo municipal hispalense, á propuesta de los escritores sevillanos.

Broche de la obra que comienza con este volumen será la autobiografía de Fastenrath, autobiografía sincera, reflejo de una vida de sembrador abnegado que jamás sintió envanecimientos de su labor.

Esta autobiografía comprende la relación de los trabajos llevados á feliz término por el insigne escritor.

Pero su obra maestra, su obra predilecta, fué indiscutiblemente la *Walhalla*.

El autor aspiró á ser el cronista de los prohombres inmortalizados por el Rey Luis I de Baviera en el monumental templo de la *Walhalla*, y la realidad, dócil al conjuro del talento, colmó la aspiración en términos tales, que pasma y asombra, por amplia y por intensa, la tarea de literato y de periodista llevada á cabo por Fastenrath hasta el día postrero de su vivir.

Hizo un alto en la publicación, y, sin suspender el trabajo, se consagró á amontonar nuevos elementos para ampliar, rectificar y dar forma definitiva á su *Walhalla*.

La muerte privó á Fastenrath de la íntima satisfacción de agrupar y de ordenar por propia mano las biografías y los estudios que constituyen esta colección.

Pero ese final — tal vez voluntariamente aplazado por una exquisita y extremada modestia — ha llegado, merced á la voluntad de la continuadora espiritual de la labor de Fastenrath, de la que la acompañó amorosamente en la vida y le glorifica glorificando su recuerdo, erigiéndole un monumento que tiene por pedestal los volúmenes de la *Walhalla*.

Y ajustándose respetuosamente al pensamiento y al deseo del autor, estudiando y adivinando su propósito, compenetrándose con sus ideas, Luisa Goldmann, viuda de Fastenrath, autoriza hoy esta colección, editada en los talleres del periódico avalorado repetidas veces por el cariño y por el talento de Fastenrath: en la *Ilustración Española y Americana*.

Algunas noticias de gran curiosidad nos ha dejado don Eduardo Benot en el apéndice I de su muy buscado libro *Estudio acerca de Cervantes y El Quijote* (Madrid, 1905) acerca de dos hispanófilos ingleses de alto renombre en su país y en todo el mundo culto. Los dos peritos en el idioma castellano.

Dice así aquel gran crítico español, que falleció en 1907:

«El señor don Enrique Spencer Ashbee fué ilustre cervantista y escritor británico, á cuya buena memoria quiero tributar un recuerdo afectuoso.

Ashbee era profundo admirador de España y de Cervantes. Su conocimiento en lo que llamamos literatura cervantina, verdaderamente prodigioso. En las

primaveras de 1898 y 99 estuvo en España, visitó varias ciudades, investigando datos y noticias para sus favoritos estudios, y saludó y conoció personalmente entonces á muchos cervantistas españoles, á quienes tenía singular predilección desde tiempos anteriores.

Poseía yo, cuando escribí el prólogo para la obra del señor Máinez (*Cervantes y su Epoca*), dos libros de Mr. Ashbee, de verdadero mérito y sumo interés cervántico. Era uno su hermoso discurso, leído en la Sociedad Bibliográfica de Londres, titulado *Some books about Cervantes*, rebotante de erudición y atinada crítica, y su inestimable infolio *An Iconography of Don Quixote*, trabajo hecho con todo ese amor y constancia con que suelen emprender tareas semejantes los hispanófilos ingleses, que son los que siempre más se han distinguido—hay que confesarlo,—desde los tiempos de Bowle, en las investigaciones sobre Cervantes y sus obras.

El Catálogo que ofrece Ashbee de todas las ediciones publicadas con grabados ó estampas es bien completo y digno de aprecio, porque acumula preciados antecedentes artísticos sobre las reimpresiones ilustradas del *Quijote*, con minuciosa curiosidad de informaciones. Hizose en España, año de 1878, un ensayo muy feliz en esta materia, por el ilustre hijo de Cataluña, coronel don Francisco López Fabra, quien publicó, juntamente con su magnífica edición fototipográfica del *Quijote* (primera parte de la edición *príncipe* de 1605), una colección de 100 láminas, entresacadas de las mejores en igual número de ediciones. Ashbee enumera y describe más de 400 reimpresiones ilustradas con toda exactitud, fidelidad y esmero, y llega su escrupulosidad de comprobación á tal punto, que da hasta las medidas precisas de cada estampa ó grabado. ¡Admirable obra de laboriosidad! Al final del tomo se reproduce una serie de láminas primorosamente ejecutadas, en número de 23. Y, además, acompaña al infolio el retrato de Cervantes, que dibujó L. Alenza y grabó A. Blanco, de excelente mérito. En suma: la *Iconografía de D. Quixote*, por Ashbee, es un trabajo de crítica artística de superior valer y estima.

En Julio de 1900 recibí nuevo obsequio de Ashbee. Era un precioso opúsculo, de 44 páginas en 8.º, titulado *Don Quixote and British Art*, en el que habla de los artistas británicos, y de todas las naciones que han sabido interpretar mejor y más felizmente los tipos y aventuras de la inmortal concepción de Cervantes. Es trabajo crítico de mucho interés, y contiene gran número de observaciones y juicios. ¡Como que se ocupa en la labor de 127 artistas notables! Están, sin embargo, dos, omitidos entre los españoles, que tenían y tienen fama especial entre los cervantistas más ilustres. Me refiero á los señores Jiménez Aranda y Moreno Carbonero.

Poco tiempo había transcurrido de haber llegado á mi poder el último discurso de H. S. Ashbee, leído el 28 de Abril del citado año en la Real galería de artistas ingleses, cuando el Sr. Máinez, que estaba también en correspondencia epistolar muy frecuente con Mr. Ashbee, desde el último viaje á Cádiz, me comunicó la noticia tristísima del fallecimiento del cervantista inglés. Máinez había recibido

carta del sabio hispanófilo inglés D. Jaime Fitzmaurice-Kelly, quien le participaba la infausta nueva. Transcribo aquí la carta, que toda está en castellano, pues la considero documento de muy especial interés biográfico y literario:

«14, PALACE GARDENS MANSIONS,
London. W.

23 Octubre de 1900.

Muy señor mío y de mi más distinguida consideración: Conforme al deseo de la familia del Sr. Don Enrique Spencer Ashbee, le escribo para agradecerle, tanto su atenta carta, como el número de *La España Moderna*, y para enterarle también de la muerte del Sr. Ashbee, que aconteció en Hawkhurst, condado de Kent, el 29 de Julio del año corriente.

Tengo que añadir que soy yo el albacea literario de nuestro malogrado amigo común, quien me ha hablado de usted, y siempre con mucho cariño y aprecio.

Me ocupo en este momento en acabar los apuntes coleccionados por el Sr. Ashbee durante muchos años, y no hay que decirle que recibiría yo con sumo gusto todo lo que usted hubiera enviado á él con el motivo de completar y mejorar la obra que le interesó tanto. Me felicito de entrar así en relaciones literarias con un cervantista tan distinguido como usted. Aquí tiene usted su casa, donde encontrará muy pronto para servirle, su atento y seguro servidor, q. l. b. l. m.,

JAIME FITZMAURICE KELLY».

Espero con fiadamente que el sabio autor de la mejor *Vida de Cervantes* que se ha escrito en inglés, el Sr. Fitzmaurice-Kelly, nos dará una completa y extensa biografía del distinguido cervantista inglés, Sr. Spencer Ashbee. Yo sólo he querido consignar en este breve apunte un recuerdo cariñoso de mi veneración al ilustre hispanófilo inglés, honra de los Correspondientes de la Academia Española, que tan apreciado y querido fué de todos los cervantistas españoles.»
